

# *Espronceda*

Diego San José

## I

En las primeras horas de la mañana del 25 de marzo de 1808, a poca distancia de Villafranca de los Barros, caminaba una diligencia repleta de viajeros, entre los que figuraban el teniente coronel D. José de Espronceda y su esposa doña María del Carmen Delgado.

En lo demudado de la faz de esta señora se advertía que iba sufriendo intensamente y se esforzaba en vano por ocultar el sufrimiento.

Una de las compañeras de viaje la preguntó solícita, advirtiéndole su malestar:

—¿Se pone usted enferma?

—Sí; no puedo más —respondió con desfallecida voz la paciente.

Y dirigiéndose a su marido, que en un rincón del carruaje iba en animada charla con un comandante y un capitán del mismo regimiento:

—Pepe, tenías razón; debimos suspender el viaje; yo, por lo menos.

—¿No te lo decía yo? —afirmó el marido—. Hace tres días que estás fuera de cuenta; ha sido una locura que no debí de consentirte.

Pero doña María del Carmen no estaba para atender reconvenciones, sino para que se acudiera prontamente en su auxilio, porque el caso era de los que no admitían perder el tiempo en palabras.

Hubo necesidad de detenerse y desalojar el coche.

Lo malo era que por allí no había casa alguna ni nada que se le pareciera en donde poder alojar a la pobre dama para que saliese de su cuidado.

Retroceder hacia el punto de partida era perder tiempo y, aunque era corta la distancia, seguir exponiendo a la paciente a un gran contratiempo.

En medio del campo no había más señales de vivienda que la humilde choza de unos pastores y allí fue llevada la coronela, que, como si no más hubiese esperado a encontrarse bajo techado, echó a los caminos del mundo el tercer fruto de su matrimonio.

Tan pronto como la nueva madre cumplió su menester, como por entonces parece que en esto de soltar hijos no se hilaba tan delgado como hoy en punto a cuidados, fue envuelta en unas mantas con su cría y llevada al coche prosiguió el viaje hasta Almendralejo, donde residía el capellán del regimiento que mandaba el coronel Espronceda, que inmediatamente procedió al bautismo del recién nacido.

Aquel niño tan humildemente nacido en medio del agro extremeño era el futuro príncipe del romanticismo español D. José Espronceda, el que había de inmortalizar su nombre con leyendas como «El estudiante de Salamanca» y poemas como «El diablo-mundo».

En el libro de bautismos de la iglesia parroquial de Almendralejo consta la partida de bautismo del gran poeta, que copiada literalmente dice así:

«José Ignacio Xabier de Espronceda y Tara.

En la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Purificación de la villa de Almendralejo, en veinticinco de marzo de mil ochocientos ocho, el abajo firmante capellán por Su Rl. Mag. y cura párroco castrense del Regimiento de Caballería de Borbón, bauticé solemnemente a un niño nacido a las seis y media del propio día, a quien puse los nombres de José Ignacio Xabier Oriol, Encarnación, hijo legítimo del Tte. Coronel Don Juan Espronceda, Cargt.º mayor del expresado Regmt.º, natural de los Barrios en el Campo de Gibraltar y de Doña María del Carmen Delgado y Lara, natural de Pinos del Valle, Arzobispado de Granada. Abuelos P. P. el coronel Don Diego de Espronceda, natural de Tafalla, en Navarra, y Doña Agustina Fernández Pimentel, natural de Ceuta; Maternos, Don José Delgado y Doña Tadea de Rara, naturales de Pinos del Valle; fue su padrino el Exm.º señor Vizconde de Zolino, Brigadier de los Rls. Extos. y coronel del propio Cuerpo, quedando advertido del Parentesco y obligación que había contraído. Se hallaron presentes como testigos, Don Carlos Franco y Don Juan Quadrado, Capitanes del mismo Regimiento.—Juan Antonio Jordán.—Rubricado».

Poco se sabe de la infancia del futuro autor de la «Canción del pirata», hasta que se trasladaron sus padres a Madrid, en 1820, yendo a vivir a una casa de la calle del Lobo, en donde, según los datos recogidos por su mejor biógrafo el erudito D. José Casales y Muñoz, hizo amistad con Patricio de Escosura, que había de ser el camarada de toda su vida.

Quiso su padre, que a la sazón era brigadier, dedicarle a la carrera de las armas, como hizo con su primer hijo, José Vicente, habido en anterior matrimonio y muerto siendo Guardia de corps en 1792, y parece que llegó a ingresar en la Academia de Artillería de Segovia; pero la vocación no lo llevaba por ese camino y volvió a Madrid, ingresando en el colegio de San Mateo, en el que tuvo por profesores a D. Alberto Lista y a D. José Gómez Hermosilla.

En dicho colegio permaneció hasta que fue encerrado por la reacción fernandina de 1823.

Allí tuvo por camaradas de estudio a Ventura de la Vega (que acababa de llegar de su tierra argentina, en donde aspiró los primeros aires revolucionarios de independencia y no traía el infantil ánimo bien dispuesto al amor de la madre España), a Escosura, a Miguel Ortiz, a Núñez de Arenas, a Cayetano Cortés y otros, con quienes fundó la «Academia poética del Mirto», y en seguida, la moda liberal esparcida por toda España, la sociedad patriótica «Los Numantinos».

De que su estancia en el colegio de San Mateo no había sido estéril y de que a pesar de su carácter independiente y un tanto levantisco se había captado la estimación de sus profesores da idea esta certificación de su ilustre profesor, que se conserva en la sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional:

«El presbítero Don Alberto Lista, regente de estudios que fue de la casa sita en la calle de San Mateo de esta Corte:

Certifico, y caso necesario juro, que Don José de Espronceda, alumno que fue de dicha casa, ha estudiado en ella ya con otros profesores, ya bajo mi dirección particular, con aplicación y aprovechamiento, los siguientes ramos de enseñanza:

Primero.—Dos cursos de Matemáticas, en lo cuales dio los ramos de Aritmética, Álgebra, Geometría, Trigonometría plana, Aplicación del Álgebra a la Geometría, Geodesia, Análisis de las curvas y de las tres dimensiones, Secciones cónicas y Álgebra transcendental.

Segundo.—Un curso de Humanidades, en el cual dio los principios generales de Retórica y Poética, Historia, Mitología y Geografía antigua.

Tercero.—Los idiomas latino, francés, inglés, nociones de lengua griega; en muchos de ellos premiados en los certámenes, tanto particulares como públicos que se celebraban en dicha casa de educación.

Y para que conste a donde convenga, a solicitud del interesado, doy la presente en Madrid, a 14 de febrero de 1826.—Alberto Lista».

La sociedad «Los Numantinos», aunque bien puede decirse que era un juego de chicos en su afán de imitar a los mayores, fue denunciada por las autoridades en 1825 y procesados sus individuos, de quienes Espronceda era el presidente de dicha entidad, siendo desterrado donde residían sus padres. Ventura de la Vega fue confinado en el convento de la Trinidad.

Ya por entonces, es decir, en el colegio regentado por Lista, había dado los primeros destellos de su genio poético; entretuvo sus ocios de desterrado comenzando a escribir su poema «Pelayo», del que solo se conservan los fragmentos que figuran al frente de sus obras.

Terminado su destierro —que era por cinco años— merced a un indulto de los pocos que durante su deleznable vida se dignó a conceder aquel bandido coronado que se llamó Fernando VII y que en España fue el primer monarca que contribuyó a que los Borbones se les llamase «raza espuria», regresó a Madrid prosiguiendo sus estudios en el nuevo colegio que estableció D. Alberto Lista en la calle de Valverde.

Espronceda sometió entonces a la aprobación de su insigne maestro los trabajos hechos en Guadalajara, y tanto parece que debieron de agrandar al glorioso clérigo hispalense, que no solo concedió el visto bueno que anhelaba el aventajado discípulo, sino que intercaló algunas octavas que avaloran el original.

## II

La política de España marchaba de mal en peor. La reacción triunfaba alentada por Fernando y por todas partes se levantaban bandos de la fe al grito de ¡Viva el rey neto! y ¡Vivan las «caenas»!

Todo cuanto trascendiera a liberal era enconadamente perseguido.

Los registros domiciliarios estaban a la orden del día.

Las cárceles se llenaban de presos políticos que eran tratados con mucho más rigor que los profesionales del crimen y del robo y en las altas horas de la noche las cuerdas de proscritos cruzaban por las calles conducidas por los feroces esbirros de Calomarde, buscando los caminos que habrían de conducirles a las posesiones penitenciarias de África.

Espronceda, temiendo que llegase de ser uno de tantos entre aquellos desgraciados, intentó poner tierra de por medio y se marchó a Gibraltar, donde embarcó con rumbo a Lisboa, haciendo un viaje penosísimo que dejó consignado en un interesante artículo titulado «De Gibraltar a Lisboa», del que por parecemos curioso e interesante, recogemos los siguientes párrafos:

«Íbamos —dice el poeta— en una balandra sarda cargada excesivamente de trigo y sumergida en el mar hasta los entrepuentes. Dos marineros, un chico y el capitán componían toda la tripulación; pero, en cambio, encajados y embutidos como guisantes en nuez, tropezábamos unos con otros hasta veintinueve pasajeros, entre ellos veintiuno catalanes, de lo más rústico y montaraz del principado; tres mujeres, un comisario de guerra, atrabiliario y colérico. Componían el resto del pasaje dos individuos tímidos y de humor pacífico y tranquilo, que no podían haber escogido peor compañía para su genio: mi compañero, hombre de pocas penas y aventurero atrevido y yo, que, llevado de mis instintos de ver mundo, había dejado mi casa sin dar cuenta a nadie y contaba apenas diecisiete años...

»No he sabido nunca quién ajustó el pasaje ni cómo nos encontramos reunidos en tan corto espacio de tablas tantos hermanos y tan benditos de Dios. Me dijeron que uno se había encargado de todo con la bondad de un padre... Asimismo, aquel hombre bondadoso se había encargado de la provisión de víveres para nuestro sustento durante la travesía, pues el patrón solo se encargó de transportarnos como a maletas. Nada hay más santo que la pobreza y todos los que allí íbamos de todo teníamos menos dinero. Yo creo que era el más rico y bien sabe Dios que no me sobraba nada...

»Nos mirábamos todos como si nos fuésemos a devorar y hasta los viajeros pacíficos parecía que les picaban alfileres de a ochavo. El primero que armó pendencia fue el colérico comisario sobre si había o no lugar bastante para estar de pie, y habiendo respondido uno de los catalanes que podía haber tomado un navío de tres puentes para él solo, fue tanta la cólera que le dio, que tiró sin más ni más de un espadín de ceremonia y se arrojó sobre él a atravesarle de parte a parte... Desenvainó el otro una navaja de a cuarta, alborotándonos todos e izó el patrón bandera de socorro, pidiendo favor a los buques que había en el puerto. Sujetamos como pudimos al catalán y al comisario, que ni aun reñir podían por falta de espacio, y esta fue la primera jarana apenas puesto el pie en el buque. Yo, como tenía pocos años y ninguna experiencia, no dejaba de bendecir a Dios, que en tan buen camino de aprender me había puesto. Seguimos con el mismo amor y aquella noche la pasamos como pudimos, unos sobre otros, hasta el siguiente día, que la balandra se dio a la vela. Allí fue ella. Todos nos mareamos y como había tantas comodidades, era aquello una delicia. Los catalanes culpaban al capitán de que hacía vela con rumbo a España para que nos fusilara Fernando VII, y querían matarle, el comisario no podía sufrir en lo más mínimo que se le faltase al decoro y mascaba cólera y reñía a cada paso. Pero lo bueno fue cuando llegó a comer.

»Consistían las provisiones que aquel hombre providencial había comprado para la travesía en bacalao, que, como suela de zapato, se resistía al diente, y sabroso como una salmuera; en unos

sacos de unas guindillas para avivar el apetito, que parecían carbones hechos ascuas en el color y en el sabor y en unas largas ristras de ajos, que así legraban a la vita como contentaban el ánimo, por si faltaban estimulantes que añadir al arroz, que mezclado y compuesto con todo lo dicho componían un rancho capaz de irritar y convertir en condenado al santo más santo y honrado de toda la corte celestial...

»A cada bocado era de ver el prodigioso trastorno que se operaba en las fisonomías. Las mejillas se ponían rubicundas, los ojos se encandilaban y enfurecían, los labios se hinchaban y encendían, sudábamos copiosamente y abríamos carleando las bocas, buscando aire que refrescase el paladar...

Llegó la hora de beber y si sana y suave era la comida, la bebida no le iba en zaga. Se destaparon unos frascos de ginebra, la más torcida, áspera y endiablada que había podido hallar nuestro paternal abastecedor. Yo estaba aguantando ver cuándo empezaba a arrojar llamas y más de una vez temí la combustión espontánea. En esto uno de los catalanes dijo que no había comido ni bebido mejor en su vida. Respondió el comisario con la lengua trabada y jadeando de calor, la boca hecha ascua y los ojos fuera ya de sus órbitas, que era menester ser un bestia para decir aquello. Respondió el otro mezclándonos todos en la conversación y concluimos por arrojarnos las cazuelas y odiarnos más si era posible. Yo me fui luego a una cuba y me harté de agua y ni aun así podía respira sin quemarme las encías. A una de las mujeres que ya estaba enferma, la comida le produjo una inflamación en el vientre. Dijeron todos que aquello no sería nada. A mi compañero se le ocurrió que unas cataplasmas de harina de linaza le convendrían; pero como no se las hubiese aplicado de ajos molidos y guindillas picadas no había otra cosa en el barco de componerlas. La bajaron a los camarotes, donde se la tendió sobre unos baúles. La infeliz juraba que se la podía apostar con Satán en persona. Yo, que entonces tenía por las mujeres muchas más ilusiones que tengo ahora, me convencí con aquello de que el amor y la ternura son dotes naturales del bello sexo. Así pasamos aquel día el estrecho de Gibraltar.

»Al anochecer vuelta al rancho y vuelta a convertirnos en fraguas. Teníamos hambre y temíamos la hora de comer...

»Pero al tercer día fue lo bueno.

»Había entrado la noche lo menos dos horas antes de lo que debiera. Tan cubierto y asombrado de nubes estaba el cielo que no se veían los dedos de la mano. De cuando en cuando nos deslumbraba un relámpago, semejante a los ojos de Lucifer que se asomaran a las nubes. El barco iba tan cargado que navegaba casi debajo del agua. El patrón parecía cuidadoso y yo casi deseaba que nos anegásemos para no volver a comer más picante. Temblaban los palos de la balandra, temerosos de la tempestad. El comisario y yo no sabíamos dónde hacer la rueda aquella noche, como dicen vulgarmente; le pareció al buen hombre, y me lo comunicó en efecto, porque a pesar de sus iras tenía buen fondo, que no había mejor sitio ni más a propósito para descansar, que la popa, mientras los otros se habían recogido en la cámara, unos sobre otros como podían, porque en la bodega no cabía más que el trigo de que iba llena. Seguí su consejo, porque además de ser hombre de más experiencia que yo, no me atrevía a contradecirle por miedo a que se irritara.

»Poco tiempo permanecimos allí; no manifestó mucho tino en la elección de sitio. Un maldito palo que por sima de nuestras cabezas, aforado con lota, con tanto ímpetu que, recogidos y en cuclillas, como estábamos, teníamos que bajar las cabezas cada vez que bramando pasaba sobre nosotros. Si permanecemos allí más tiempo vamos al mar sin remedio.

»Nos recogimos a la cámara, en donde estábamos como almas en pena. Había en ella una estampita de San Jenaro y un farolillo a sus pies daba luz moribunda. La enferma, tirada sobre un baúl, divertía sus dolores con sus blasfemias; a su lado estaba su marido sin decir palabra, con una cara que no había más que pedir.

»No sé qué se me ocurrió que se lo comuniqué a mi compañero. Le pareció esto mal al esposo de la moribunda y me preguntó si creía yo que era aquella hora de reírse. Le contesté yo con insolencia que me dijese a qué hora le parecía que me debía de reír, con lo que, sin más ni más, se dirigió a pegarme con el puño levantado. Los vaivenes del barco y la mucha gente que estaba apiñada le hicieron perder el equilibrio y sacudir el golpe a uno de los catalanes. Se encolerizó este y sacudió al otro y nos enredamos todos a golpes. Se rompió el farol y se apagó la luz. No se oían sino maldiciones y los bramidos del mar.

»En fin, nos sosegamos porque no había otro remedio y salimos unos tras otros a la cubierta. Amanecía ya y había amainado el temporal, que no fue poca fortuna que durase tan pocas horas.

»No me acuerdo en toda mi vida de una mañana más hermosa. Si no hubiera temido la mofa, en mi arrebató hubiese corrido a abrazar a todos mis compañeros. Fue el único momento del viaje en que no odié. Hacía ya un rato que estábamos sobre cubierta cuando vimos salir de la cámara, con el cadáver de su mujer al hombro, al hombre que atrapó aquella ganga en Rusia y que había hecho la felicidad de su vida. La pobre mujer, sin duda, había expirado entre los apretujones y puñetazos de la quimera pasada. Quizá habría dado alguno sobre ella, precipitando su muerte. La cara del marido parecía de acero, con cierta mezcla de cólera y resignación.

La traía auestas y no nos miró a ninguno y llegando al borde del buque la cogió en brazos, la miró un momento, le asomó apenas una lágrima que parecía que no mojaba y la tiró al agua diciendo: «¡Al aíov!»...

»Las olas escondieron el cuerpo, volvió el marido tranquilamente la espalda al mar y seguimos nuestra navegación con la misma indiferencia que iba el buque cortando las olas. Yo no sé si envidié la suerte de aquella mujer cuando, de allí a poco, nos pusimos a comer. En fin, llegamos a Lisboa, que yo creí que no llegábamos nunca. Hicimos cuarentena, que fue también divertida; nos visitó la sanidad y nos pidió no sé qué dinero. Yo saqué un duro, único que tenía, me devolvieron dos pesetas, que arrojé al río Tajo por no entrar en tan gran capital con tan poco dinero».

### III

Cuando nuestro poeta llegó a Portugal era soberana interina del reino Doña Isabel María y todo el reino ardía en una cruenta guerra civil, como la que pocos años más tarde había de asolar a España entre cristianos y carlistas, disputándose la herencia del rey majó.

En Lisboa halló Espronceda terreno abonado para cultivar sus dos grandes ideales, la literatura y la política; pero si la primera como arte liberal pudo cultivarla a todo su talante, no así la segunda, que siempre está supeditada al capricho de los tiranos.

Sabiendo que procedía de España, y como los Gobiernos opresores de ambas naciones estaban muy compenetrados, la policía le consideró elemento peligroso, y le envió al depósito de emigrados españoles que se había establecido en Santarém.

Y allí es donde puede decirse que tuvo comienzo por obra y gracia del amor la romántica personalidad de Espronceda, aunque Cascales y Muño no lo cree así.

Nosotros vamos a seguir un poco a la leyenda, que siempre es más bella que la realidad.

En el dicho depósito de emigrados españoles había un coronel emigrado, también por sus ideas liberales, llamado don Pablo Mancha, padre de una lindísima criatura de poco más de quince años, llamada Teresa, que iba a visitarle todos los días.

Desde la primera vez que los dos jóvenes se vieron se compenetraron sus ardientes y juveniles corazones.

La belleza sugestiva de Teresita y la bizarría de Espronceda, así en lo gallardo de su figura como en la lozanía de su ingenio, se atrajeron mutuamente con la fuerza irresistible de la primera vez que el amor llama a las puertas del corazón.

Los tiernos amantes no sentían correr el tiempo cuando tenían la ventura de verse, que era todos los días, pues la joven no perdonaba uno de visitar a su padre. El poeta había encontrado su musa, y a ella juró consagrarse eternamente, como juran todos los enamorados; pero a buen seguro que Espronceda no comprendió entonces cuánta verdad había en su inconsciente juramento.

El viejo militar, pensando que aquello no sería más que un juego de muchachos, y teniendo al galán consigo constantemente, no concedió importancia al idilio, que no podría durar mucho, ya que frecuentemente eran trasladados los detenidos de un punto a otro, y les dejó que se quisieran cuanto les viniera en gana. Él tenía sus proyectos acerca de su lindo retoño.

Un poeta no era nunca una proporción envidiable como marido. Pero Teresita era un punto más vehemente que Espronceda y deseaba vivir las novelas terriblemente apasionadas que empezaban a entrar por los Pirineos.

Ella soñaba con que su galán la raptara durante una espantable y tormentosa noche sobre un brioso alazán más ligero que el viento y la transportase a una cueva en lo más intrincado de una selva, en donde lejos del mundanal ruido al lado de un arroyuelo murmurador y sin más vecindad que la de los pájaros que llevaran el contrapunto de sus besos, compadrearía la musa de Heine y de Lamartine con la más práctica y desenvuelta del Aretino y Casanova, pongamos por maestros del atrevimiento y de la desenvoltura.

Como era muchacha que gustaba de la lectura y las digería todas con arreglo a su temperamento, sin duda barajaba muchas veces las inocentes anacreónticas de Menéndez Valdés con los epigramas punzantemente picarescos de nuestros clásicos, y quién sabe si alguna vez, en algún rinconcillo de la prisión, mientras su padre hablaba de política con otros camaradas, ella en la amable compañía de su novio parafraseaba y ponía en acción este soneto de Quevedo:

«¡Señor don Juan, quedito, que me enfado!  
¿Besar la mano? ¡Qué entretenimiento!  
¡La boca no, don Juan! ¡Qué entretenimiento!  
¿Cosquillas?... No las hay por ese lado.  
¿Me remangas, Juanico? ¿Y el pecado?  
¡Qué malos sois los hombres!... Pasos siento...  
No, no es nadie. Pues vaya en un momento,  
Juanito mío, no entre algún criado...  
¡Jesús, qué loca soy! ¿Quién lo diría?  
siendo tan recogida y tan cristiana,  
¡que a lance semejante me expondría!  
¡Traidor! ¡Déjame! ¡Vete! ¿Aún tienes gana?  
Pues cuando tú lo logres otro día...  
Y qué, ¿no has de volver por la mañana?».»

Donde el soneto dice Juan ella pondría Pepe y todo quedaría tal y como lo dictó la imaginación picaresca y jocunda del señor de la Torre de Juan Abada.

Pero el Gobierno portugués decidió entonces desembarazarse de unos cuantos individuos que consideraba peligrosos para su tranquilidad y envió al coronel Mancha con otros cuantos proscritos a Inglaterra.

Espronceda quedó confinado en Santarém y sin la alegría de su Teresa, que como es natural siguió el destino de su padre.

Pero la separación no fue muy larga.

El poeta se dio maña para salir de Portugal y huir a Inglaterra, en busca de su bien perdido.

No tardó en encontrarlo, pero ¿cómo lo encontró?

Aquí hay un gran desacuerdo entre los biógrafos del poeta, pues mientras Rodríguez Solís y Cortón dicen que la encontró casada, Cascales y Muñoz (y a este nos atenemos) demuestra que esto no tuvo lugar hasta 1829, Espronceda llegó a Londres en las postrimerías de 1827.

Estuviera casada o no lo que parece cierto es que las relaciones de los amantes continuaron en Inglaterra, con la misma fuerza que en Portugal, aunque no con el beneplácito de Don Pablo Mancha, que ya había echado la vista al que había de ser suegro en la persona de un rico compatriota llamado Don Gregorio del Bayo.

La vida del viejo emigrado y de sus hijas Teresa y Matilde no era muy próspera en Londres, por cuanto en un periodiquillo que para entretener sus forzados ocios, publicaban los proscritos, se encuentra esta noticia.

«Las hijas de coronel Mancha bordan con el mayor primor brazaletes, sacando de esta industria auxilios para socorrer su indigencia honrada».

Ya por entonces había Espronceda salido de Inglaterra.

Teresa, asediada por la miseria y las insinuaciones paternas, quien por lo que parece la hizo creer que su «querido» (como por el entonces en acepción más honesta que ahora se decía a los novios) la había olvidado, aceptó el casamiento, sin el menor vestigio de amor, como es de suponer, sino únicamente por mejorar de posición, y acaso por pensar que así tomaba venganza del desvío de Espronceda: pero ni lo uno ni otro se resignaban a la renuncia de su cariño.



Los recién casados se trasladaron a París, en donde pasaron, sin duda, su problemática luna de miel. Y en la capital de Francia se hallaba el insigne vate al rescoldo de la revolución en la que tuvo que tomar parte peleando en las barricadas.

Si fue casual o premeditado el encuentro con Teresa es cosa que tampoco se ha conseguido poner en claro, lo cierto es que se hallaron los dos amantes, y reanudaron las interrumpidas relaciones.

Los padres del poeta cuidaban, en la medida de sus medios pecuniarios que su hijo no sufriera en el exilio los apuros y angustias que sufrían la mayoría de sus camaradas de destierro

«En tanto que otros compatriotas se roían los codos de hambre (dice Cascales y Muñoz), el hijo del brigadier Espronceda no debía de pasarlo muy mal cuando se hacía trajes de diecisiete libras y residía temporadas en el campo con gentes de calidad».

«De los gastos del joven desterrado puede dar una idea el que solo para pequeñas deudas pidiese la friolera de cuatro mil reales...».

Como los estudiantes que antaño amenizaron la aridez de las aulas en las universidades de Alcalá y de Salamanca con su alegría y desaprensión, no se acordaba de la familia más que cuando necesitaba dineros, y parece que como aquellos leía de las cartas de sus padres solamente los párrafos en que le anunciaban envío de numerario; las admoniciones y los encargos los dejaban por evitarse pesadumbres, ya que tenían el ánimo tan bien dispuesto para divertirse.

Véase como ejemplo de su estilo epistolar cuando andaba apurado esta carta que escribió desde Bruselas en uno de sus frecuentes momentos de angustia crematística.

«Bruselas 6 marzo de 1829.

«Amados padres míos: Enojados, sin duda y con razón estarán ustedes conmigo, al ver que hace tanto tiempo que no les escribo, pero ello no consiste en pereza, que bien lejos estoy de tenerla, sino en otra porción de causas que voy a explicarles y que son muy distintas».

«Después de recibir la orden de Vds. de marchar a Francia, si no les he escrito como el cariño y los sacrificios que hacen por mí merecen, fue porque creí colocarme en Londres con una bonita pensión y dejar de serles gravoso: el deseo de sorprenderles me hizo retardar el contestarles, y, luego, cuando vi que nada podía alcanzar de lo que deseaba y determiné marchar, fueron tantas y tan grandes dificultades que hallé para sacar un pasaporte, que más de dos meses se me pasaron sin que pudiera alcanzar otra cosa que uno del Embajador flamenco para venir por este país. Aquí me hallo con nuevas dificultades, pero deseoso de agradar a ustedes y conociendo que estas son invencibles, me arrojo a entrar en Francia sin pasaporte. Los gastos que origina un viaje de esta naturaleza me harán llegar a París sin un ochavo y aún, si no puedo vencer los obstáculos que se me ofrecerán, quizá tendré la precisión de volver a esta, y entonces aguardar la determinación de ustedes. Desearía, por esta razón, me pusieran el dinero que les parezca aquí y en París a la vez, para, si llego allá, pasar al momento a Burdeos, y si me hacen volver encontrarme con qué subsistir».

«Yo mamá mía, no soy un hijo degenerado; si he tenido un momento de error les pido mil perdones, y no creo que será usted tan cruel que los niegue».

«Besar el polvo que ustedes pisan me parece poco cuando pienso en el cariño extraordinario que les merezco».

«No soy ya aquel calavera de antes; he cambiado, y no deseo otra cosa que abrazarles y mezclar mis lágrimas de ternura y reconocimiento a las del placer que ustedes derramarán cuando mutuamente nos estrechemos a nuestros corazones».

«Adiós, padres míos; quizá no esté lejos el momento en que con alegría nos veamos y nunca nos separemos».

«Cuídense ustedes tanto como les ama su

Pepe».

Su estancia en Inglaterra no había sido estéril para las letras, por las que cada vez iba caminando con paso más firme y seguro, prometiendo lo que había de llegar a ser en breve espacio.

Aparte de haber estudiado intensamente la literatura inglesa en maestros Shakespeare, Milton y Byron, compuso allí muchas poesías, entre otras la elegía «A la Patria» y «La entrada del invierno en Londres».

En París parece que dio preferencia al amor y a la política.

Imitando Byron expuso su vida en las asonadas callejeras con tanto entusiasmo y denuedo como lo hubiera hecho por la libertad de España en las calles de Madrid.

La revolución de Julio le contó como uno de sus héroes.

La reacción española tembló ante el movimiento francés y se apresuró a vigilar la frontera para que no entrasen por ella los aires libertarios del pueblo francés, que daba la penúltima batalla a la Monarquía.

La muerte de Fernando VII, acaecida el 29 de septiembre de 1833, abrió las puertas de España a los emigrados, que se acogieron a la amnistía promulgada por María Cristina, pronto como su marido tuvo a bien de avecindarse en el panteón del Escorial.

Espronceda fue de los primeros en aprovecharse del indulto, que tan en riesgo estuvo de no alcanzar, ya que tomó parte en la intentona que el comandante Don Joaquín Pablo («Chapalangarra») hizo para penetrar en Espada, y en la que tan bravo militar perdió la vida.

Pero no vino solo, sino que se trajo consigo a Teresa, la cual no solo abandonó a su marido para lanzarse en los brazos de su insigne amante, sino a su primogénito.

A este tiempo ya había muerto el brigadier Don Juan.

Espronceda se fue a vivir con su madre en la calle de «San Miguel» y puso casa a Teresa en la misma rúa.

Pronto el idilio comenzó a resquebrajarse y dar más espinas que aromas. La inconstancia del poeta y los celos de la hija del coronel Mancha hicieron esta obra, en la que, sin dejar de quererse, apenas si tenían una hora de paz.

Espronceda estaba satisfecho de su querida como mujer, porque era hermosa y halagaba su vanidad de hombre exhibiéndola entre sus amigos, sin conocer lo peligroso del juego.

La fiebre romántica que en Francia tenía su mayor foco alentado por Lamartín, Víctor Hugo, Musset y Dumas, había prendido intensamente en Madrid. Espronceda por su parte que venía, por decirlo así, de la meca de la nueva secta, contribuyó con sus nuevas poesías a que el fuego se propagase a todos los cerebro juveniles que mantenían la literatura hispana y del que fueron

satélites de primera magnitud junto al ilustre recién llegado, Ángel Saavedra, que aun no era duque de Rivas, Ventura de la Vega, Hartzzenbusch, Gil de Zarate, Escosura, Navarro Villoslada, Pezuela y Ros de Olano.

Punto de reunión, como ya es sabido, era el café del «Príncipe», al que la tanta gente de pluma dio el nombre de «Parnasillo».

El café del Príncipe, cuyo local ha sobrevivido hasta la reforma del teatro «Español» en parte correspondiente a contaduría, era hijo legítimo de la «Fonda de San Sebastián», punto de reunión de los ingenios del siglo XVIII.

El mismo dueño de aquella, un napolitano llamado Gipini, estableció este.

El mobiliario y aderezo del nuevo establecimiento no era en verdad muy a propósito para pasarse las horas muertas, como ahora es uso de los de su clase. Se componía de unas cuantas sillas de Vitoria, en torno a «unas mesas de pintado pino».

Adosados a las paredes, se hacían la ilusión de que iluminaban la reducida estancia unos «quinqués», que arrojaban más petróleo sobre los sufridos parroquianos que claridad encargada de vencer las cerradas tinieblas, aun encomendando el eco de sus mortecinas llamas a unos reverberos de latón.

Completaba el mísero adorno media docena de cornucopias, que sin duda en los lejanos tiempos de su mocedad adornaron la saleta de alguna dama de Isabel de Farnesio.

En el centro, como madre de todas aquellas pringosas luciérnagas, triunfaba una lámpara que acaso a estas horas, después de haber presidido durante muchos años el absurdo yantar de una casa de huéspedes, yacerá con vilipendio en algún tenderete de «El Rastro».

El mostrador estaba en el fondo, y en él se adivinaba más que se veía la figura del dueño.

Junto a aquella especie de estrado, que tenía a la zaga un aparadorcillo se hallaban dos mesitas que parecían tener privilegio sobre sus demás compañeras.

Ordinariamente solían ser ocupadas por unos graves señores, gentes de campanillas en las altas esferas de la política y de la diplomacia. Sus nombres, que aún hoy andan muy esparcidos por los folios de la Historia, eran los de Arriaza, Carnerero, Cuadra, Onís y alguno más, que en fuerza de ser solo políticos de oficio apenas si han saltado las fronteras de su fama.

No faltaban ni una sola noche.

Durante el día apenas si entraba media docena de parroquianos a enjuagarse la boca y lavarse las tripas con un poco de agua teñida, a la que el mozo (descendiente directo de aquel invicto «Pipí» de la comedia de Moratín), llamaba hiperbólicamente «café»: pero cuando eran las nueve de la noche ya se animaba el local.

Un poco antes de comenzar la representación en el viejo coliseo, acudían los habituales tertulianos.

Solían ser de los primeros en llegar, Carlos la torre, el gran trágico y Antonio de Guzmán, el notabilísimo «gracioso» que gustaba de tomar café y fumar un cigarro tranquilamente antes de meterse a representar la comedia.

Patricio de la Escosura también era de los madrugadores, y no solían hacerse esperar mucho espacio Espronceda y Miguel de los Santos Álvarez.

Hartzenbusch y Bretón de los Herreros llegaban a poco y muchas veces entraron a la par de ellos Gil de Zarate, Saavedra, Pezuela, «Fígaro», Mesonero Romanos, Zorrilla y Heriberto de Quevedo.

Aunque la complicación amorosa con Teresa le involucraba bastante la vida, pues los disgustos y sinsabores eran el pan de cada día, Espronceda, metido de lleno en la vorágine literata y política, no dejaba de escribir, lo mismo en verso que en prosa, ni de conspirar siempre que se le presentaba ocasión.

Escribía artículos para «El Labriego», «El laberinto», la «Revista Española» y planeaba dramas y comedias, pues también soñaba con gustar las glorias del Teatro.

Teresa, herida un día en su amor propio de mujer por el olvido en que la tenían, planteó, como si dijéramos, la «cuestión de confianza», la política y las letras o ella, y como Espronceda no hiciera mucho caso del ultimátum, viendo que a algunos amigos de este no les era indiferente, se ofreció a entregarse al más íntimo de todos si antes quitaba de en medio al olvidadizo amante. El elegido dijo que sí, y cobrando el precio por adelantado huyó con él a Valladolid, a donde no tardó en seguirles el burlado galán que no se resignaba a vivir sin su querida.

Volvieron los amantes a Madrid, pero ya sin la ilusión ni las dulces inquietudes que entre ellos habían reinado hasta entonces.

Por haber dirigido una algarada contra el gobierno Isturiz en la Plaza de Toros, tuvo Espronceda que esconderse de la Policía que le buscaba insistentemente. Un amigo leal le albergó en su casa.

Teresa se empeñó en visitarle, con lo que comprometía gravemente la libertad del perseguido, y como no valieran los ruegos para que no lo hiciese, tuvieron que romper definitivamente las relaciones, quedando ella por completo, en situación de «disponible».

Durante aquel encierro escribió el poeta, entre otras menos representativas de su estilo inconfundible, las tituladas: «El Verdugo» y «El Mendigo».

Aquellos amores habían dado por fruto una niña, llamada Blanca, el 11 de mayo de 1834, y que Teresa abandonó, como antes hizo con el hijo que tuvo en su matrimonio con Don Gregorio del Bayo.

Blanquita fue recogida por la madre de Espronceda, con la que vivió hasta que esta señora falleció en 1840.

El año anterior había muerto Teresa, completamente abandonada en cierta casa no muy confortable de la calle de «San Isabel», núm. 22, esquina a la calle del «Tinte».

Se cuenta que Espronceda no se enteró de la muerte de la que fue su amor más intenso hasta última hora: quiso verla por vez postrera, y como estuviese la casa cerrada y el cadáver completamente solo en un piso bajo, cuya reja daba a la calle, desde allí la estuvo velando el poeta hasta que en las primeras horas de la mañana fue enterrada de limosna en la sacramental de San Lorenzo.

Fruto de aquella noche de intensa amargura fue el canto segundo de «El Diablo Mundo», que desglosado en absoluto del poema es la página más hermosa de él.

Recuérdese que en la nota que va al pie de la primera página, haciéndose el poeta a la margen de la obra, dice:

«Este canto es un desahogo de mi corazón: sáltelo quien no quiera leerlo sin escrúpulo, pues no está ligado en manera alguna con el poema».

Y sin embargo nada hay tan imposible de desligar de la obra como este alarido del corazón.

Perdido su gran amor, Espronceda hizo cuanto estuvo de su mano por aturdirse en la vida, buscando otros amores, pero, aunque los encontró tantas veces como se lo propuso, no lograron como aquel encender su alma ni hacer vibrar su inspiración con tanta intensidad como lo consiguió aquel desordenado idilio.

Sin duda fue entonces cuando escribió aquella estrofa de su inmortal: poema

«Isla yo soy de reposo  
en medio el mar de la vida,  
y el marinero allí olvida  
la tormenta que pasó:  
allí convidan al sueño  
aguas puras, sin murmullo,  
allí se duerme al arrullo  
de una brisa sin rumor».

Y tanto era lo que se acordaba de su pasión fenecida que, en la dedicatoria de un tomo de poesías a una nueva amante, Carmen Osorio, escribió este soneto:

Marchitas ya las juveniles flores,  
nublado el sol de la esperanza mía,  
hora tras hora cuento, y mi agonía  
crece con mi ansiedad y mis dolores.  
Sobre terso cristal ricos colores  
pinta tal vez mi fantasía,  
cuando la triste realidad sombría  
mancha el cristal y empaña sus fulgores.  
Los ojos vuelvo en incesante anhelo,  
y gira en torno indiferente el mundo  
y en torno gira indiferente el cielo.  
A ti las quejas de mi amor profundo,  
hermosa sin ventura, yo te envío:  
mis versos son tu corazón y el mío.

Mariposa voluble, buscando la miel que no conseguía hallar en todas las flores, pensaba al poco tiempo en recogerse a matrimonio con una señorita completamente apacible, llamada Bernarda Berruete, a la que escribió la siguiente carta que en nada resplandece la gallardía de su pluma, sino que lo hace como cualquier pretendiente vulgar:

«Ver a usted y no amarla es casi imposible, pero sí lo es del todo el poder hablarla si usted no facilite la ocasión.

»Estoy seguro de que usted no accederá a la súplica que le hago de que me proporcione una; pero no dude usted de que, en mi situación, prefiero una realidad funesta a la terrible incertidumbre en que vivo. A usted toca desvanecerla.

»Sea cual fuere la resolución de usted, podrá extinguirse la esperanza, pero nunca el cariño y aprecio que inspira a su apasionado...»

\* \* \*

Como consecuencia de aquella asonada plaza toros, fue separado del empleo de Guardia Corps que desempeñaba más honoríficamente que en activo y desterrado, cumplido el destierro, pasa a

Cuéllar, en la provincia de Segovia, cuya estancia en casa de un amigo aprovechó para escribir su novela histórica «Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar».

Se inspiró para escribir esta obra en las luchas sostenidas por Sancho el Bravo contra su Padre el rey Sabio.

Triunfante en la poesía y en la novela quiso gustar también los éxitos del teatro, aunque no los alcanzó en la misma intensidad que en los géneros antedichos, demostró que tenía grandes condiciones de autor dramático.

En colaboración con su gran amigo Ros de Olano, al que dedicó «El diablo mundo», estrenó el 25 de abril de 1834, en el teatro de la cruz, una comedia en tres actos y verso titulada «Ni el tío ni el sobrino», de la que dijo Larra:

«Esta representación no ha probado que no basta el talento, por grande que sea, para hacer una buena comedia cuando la más detenida meditación no preside el plan; cuando la demasiada precipitación hacen correr irreflexivamente la pluma del poeta, es muy de temer que el ingenio, comprimido en límites harto estrechos, produzca una obra descolorida y falta de vida y movimiento. «Ni el tío ni el sobrino» es, indudablemente, una comedia que se resiente de poca meditación en el plan... Hay, sin embargo, algo bueno en el fondo de la comedia; con alguna meditación acaso se hubiera podido sacar más partido de la idea principal. El diálogo nos ha parecido florido y correcto; no carece de chistes, de viveza, de naturalidad y es buena su versificación».

Tres años más tarde, en la noche del 28 septiembre de 1838, volvió a probar fortuna en la escena con un drama en tres actos y en prosa titulado «Amor venga sus agravios», escrito en colaboración con don Eugenio Moreno López. No debía cifrar muchas esperanzas en esta obra, por cuanto la firmaron los dos autores con pseudónimo común de «Don Luis Senra Palomares»; tampoco parece que agradó al auditorio más que la anterior, por cuanto decía el crítico de «El Eco del Comercio».

«Amor venga sus agravios» ha obtenido aplausos y logrado sus momentos de favor, como los favoritos de Felipe IV, señalados con inequívocas muestras de satisfacción; pero de nada o de poco sirven las bellezas del detalle en obras dramáticas cuando no se ha podido vencer la gran dificultad, que consiste en formar un todo proporcionado, verosímil, interesante y que no choque abiertamente con las costumbres de la escena para donde se escribe.

»No desanimado con los pequeños éxitos de sus primeros ensayos —escribe el señor Cascales y Muñoz— y atribuyendo quizás a sus colaboradores las deficiencias de las obras estrenadas, escribió sin ayuda de nadie una tragedia en cinco actos y en verso titulada «Doña Blanca de Bordón», que no llegó a representarse. Sirvió de asunto a la obra las desgracias de la esposa de Don Pedro I de Castilla y las luchas de este con su hermano Don Enrique.

## VI

Las luchas políticas seguían teniendo por paladín a nuestro poeta, que solía meditar en la cárcel sus ansias de libertad.

Al encargarse de la regencia el general Espartero, cesaron para Espronceda las inquietudes, y, simpatizante con el vencedor de Luchana, fue nombrado secretario de nuestra legación en La Haya (29 de enero de 1842). Tomó posesión de su cargo y regresó inmediatamente a Madrid.

Desde que dos años antes había publicado sus líricos de todos los tiempos y empezó a publicar «Poesías», tenía gran popularidad entre el elemento literario, que le reconocía como un verdadero maestro de la nueva escuela romántica.

Por entonces fue cuando empezó a escribir «El diablo mundo», que le colocó entre los grandes en cuadernos en la casa Gaspar y Roig.

Hasta este tiempo Espronceda había pasado poco menos que inadvertido; su buena fama de poeta no trascendía del círculo de sus amigos. Por esto acaso ni siquiera tuvieron en cuenta su ilustre nombre los cronistas que relataron los acontecimientos políticos en que tomó parte, confundiéndolo con la masa anónima.

Ros de Olano decía en el prólogo de esta obra:

«El joven D. José de Espronceda se levanta con la osadía del genio para escalar a donde nadie se ha atrevido a mirar de hito en hito sin confundirse. Aspira nuestro poeta a compendiar la humanidad en su «Diablo mundo», y lo primero que al empezarlo ha hecho ha sido romper todos los preceptos establecidos, excepto el de la unidad lógica. En el prólogo de «El diablo mundo» se ven recorridos todos los tonos de la poesía, los del pensamiento y los de la metrificacón con un desempeño que asombra... Espronceda, en poesía, con tal superioridad maneja el habla castellana, que ha revolucionado la versificacón...».

»En nuestro juicio, es el plan mayor que hasta hoy se ha concebido para un poema. Su héroe ha rejuvenecido ya como el doctor Fausto; pero su mocedad no es el préstamo de un tiempo mezquino, por la hipoteca y la enajenación del alma; el protagonista de «El diablo mundo», sin nombre hasta ahora, ha aceptado la juventud y la inmortalidad sin condiciones»...

Las Cortes le admitieron por entonces en su seno como diputado suplente por la provincia de Almería.

Formó parte de las comisiones encargadas de estudiar la supresión de toda clase de fundaciones, memorias y obras pías; el aumento de jueces de imprenta, en las capitales de provincia, y el arreglo de la Deuda interior, desempeñando en esta el cargo de secretario.

Tomó parte en algunos debates importantes, hasta la sesión del 17 de mayo, que fue en la última que intervino defendiendo una ley sobre el arancel algodonero.

Ya por entonces estaba muy quebrantada su salud, pues padecía acerbamente del estómago y le molestaba mucho una afección a la garganta, de todo lo cual no hacía caso, pensando que fuera de poca importancia.

El 18 de mayo de 1842, como si hubiese tenido el terrible presentimiento de que su vida estaba a punto de acabar, quiso visitar a su prometida, la señorita Berruete, que estaba en Aranjuez, y se puso en camino a caballo, no queriéndolo hacer en diligencia porque tenía el propósito de regresar en las primeras horas de la tarde, para intervenir en aquel debate tan poco poético como la discusión del arancel de la industria aldonera.

La precipitación del viaje le exacerbó el mal de la garganta, y fue de tan terrible manera, que cuatro días después, a las nueve de la mañana, dejaba de existir el gran poeta.

La muerte quiso que descansara con más verdadero reposo en el sueño de la eternidad y así le llamó a sus estados cuando la primavera daba las primeras flores y su vida comenzaba a sentir las primeras nubes del otoño.

\* \* \*

El entierro de Espronceda revistió los mismos caracteres solemnes que cinco años antes revistiera el de «Fígaro».

Toda la intelectualidad de entonces acudió a dejar en la última morada los restos del insigne y malaventurado compañero.

Desde la casa mortuoria, situada al final de la calle de la Greda, fue trasladado el cadáver a la Parroquia de San Sebastián.

La plaza del Ángel e inmediatas calles de las Huertas y de San Sebastián eran estrechas y mezquinas para contener a tanta gente.

No le faltaban las representaciones políticas del Congreso.

Poco antes de las cinco fue sacado el cuerpo huerto y colocado sobre una severa carroza tirada por cuatro caballos.

Hasta que el fúnebre cortejo pasó por el teatro del Príncipe, caminó bajo una verdadera lluvia de flores.

La banda de la Milicia Nacional iba detrás del féretro.

Después de que las actrices de nuestro primer coliseo depositaran su florida ofrenda sobre el ataúd, siguió el entierro por las calles del Príncipe, carrera de San Jerónimo, plazuela de Cervantes, paseo del Prado y puerta de Atocha, a cuyo margen estaba y ha estado hasta hace poco tiempo el cementerio de San Nicolás.

Los amigos de Espronceda quisieron que, al bajar este al reino de las sombras, tuviese por vía de introductor a D. Pedro Calderón, que allí posaba desde que cayó bajo la piqueta urbanizadora la iglesia de San Salvador, donde fue enterrado.

Al efecto pasaron el cuerpo del autor de «El estudiante de Salamanca» al lugar en donde yace el de «El alcalde de Zalamea» y abierto el féretro del primero, uno de los que fueron íntimos del ilustre difunto, tomó una de las coronas que había en la sepultura del clérigo don Pedro y, colocándola sobre las yertas sienes del desdichado amante de Teresa, dijo que se la ofrendaba en nombre de aquel alto señor de la escena hispana.

En el momento en que se iba a cerrar el ataúd se destacó del grupo de acompañantes un joven que llevaba en la diestra mano un pliego escrito: era Enrique Gil. Se acercó más al muerto y comenzó a leer una desmayada elegía que no causó el más ligero efecto entre la concurrencia.

No se repitió el milagro de Zorrilla al pie de la tumba de «Fígaro».

Otro profundo silencio siguió a los versos del vate que supo cantar la humildad de la violeta, pero no la muerte de Espronceda.

D. Joaquín María López pronunció después un mediano discurso, que tampoco ha pasado a las antologías como ejemplo de elocuencia necrológica. Miguel Agustín Príncipe leyó este soneto:



Ahora que esconde del candor divino  
los nobles restos la marmórea losa;  
marchita en flor su juventud preciosa  
de grandes genios singular destino...  
Y ahora que acaso hasta su tumba vino  
desde el empíreo el alma generosa,  
a llevarse en sus alas la amistosa  
guirnalda triste que el deber previno.  
Llorad, llorad, en su sepulcro yerto,  
para tamaño mal remedio escaso,  
mas guardad un consuelo, aunque encubierto.  
Se hundió ese sol en su brillante ocaso.  
Su luz no morirá, como no ha muerto,  
el sol de Byron, Dante y Garcilaso.

Como se ve y hemos dicho anteriormente, el caso de Zorrilla ante el cadáver de «Fígaro» no volvió a repetirse.

El gran actor Julián Romea puso fin a la ceremonia leyendo unos fragmentos de «El diablo mundo».

El 24 de mayo de 1902, por iniciativa de la Asociación de Escritores y Artistas, fueron trasladados los restos del gran poeta juntos con los de Lara y Rosales al panteón de Hombres ilustres, en la Sacramental de San Justo.

\* \* \*

La popularidad de Espronceda no se ha extinguido a pesar del tiempo transcurrido desde su muerte.

Aunque equivocadamente el vulgo sigue recordándole por dos obras que, afortunadamente, no son suyas, el «Arrepentimiento» y la «Desesperación», pero que han contribuido a que el nombre del amante de Teresa continúe pronunciándose con admiración y respeto por quienes más alejados están de la república de las Letras.

\* \* \*

A título de curiosidad reproduzco a continuación el retrato «a pluma» que le hizo Zorrilla en su admirables «Recuerdos del tiempo viejo»:

«La cabeza de Espronceda rebosaba carácter y originalidad. Su cara pálida por la enfermedad estaba coronada por una cabellera negra, riza y sedosa, dividida por una raya casi en el medio de la, cabeza y ahuecada por ambos lados sobre las orejas, pequeñas y finas, cuyos lóbulos inferiores asomaban entre los rizos. Sus cejas negras, finas, doselaban sus ojos límpidos, inquietos, resguardados, como los del león, por larguísimas pestañas; el perfil de su nariz no era muy correcto y su boca desdeñosa, cuyo labio inferior era algo aborbonado, estaba medio oculto en un fino bigote y una perilla unida a la barba, que se rizaba por ambos lados de la mandíbula inferior. Su frente era espaciosa y sin más rayas que las que, de arriba abajo, marcaba el frucimiento de las cejas; su mirada era franca y su risa pronta y frecuente; no rompía jamás en descompuesta carcajada.

«Hacia poco que le había abandonado Teresa; yo ni la conocía, ni aún tenía por entonces conocimiento de que existiese. Yo no conocía de Espronceda más que sus escritos; yo adoraba al poeta y aún no conocía del hombre ni siquiera la persona, puesto que no le veía más que en lecho donde le retenía su enfermedad...

»Espronceda era leal, generoso y bueno; la política y los amigos le dieron un carácter y una reputación que jamás le pertenecieron; y las medianías le han calumniado después de su muerte, hasta atribuirle versos y libros infames que jamás pensó en escribir...».

Como muestra de la inspiración del gran poeta damos aquí algunos fragmentos de su bellísima leyenda *El Estudiante de Salamanca*.

## PARTE PRIMERA

Era más de media noche;  
antiguas historias cuentas,  
cuando en sueño y en silencio,  
lóbrega envuelta la tierra,  
los vivos muertos parecen,  
los muertos las tumbas dejan.  
Era la hora en que acaso  
temerosas voces suenan  
informes, en que se escuchan  
tácitas pisadas huecas  
y pavorosos fantasmas  
entre las densas tinieblas;  
vagan y aúllan los perros,  
amedrentados al verlas;  
en que tal vez la campana  
de alguna arruinada iglesia  
da misteriosos sonidos  
de maldición y anatema,  
que los sábados convoca  
a las brujas a su fiesta.  
Todo, en fin, a media noche  
reposaba y tumba era  
de sus dormidos vivientes  
la antigua ciudad que riega  
el Tormes, fecundo río,  
nombrado de los poetas,  
la famosa Salamanca,  
insigne en armas y letras,  
patria de ilustres varones,  
noble archivo de las ciencias.  
Súbito rumor de espadas  
cruje, y un ¡ay! se escuchó;  
un ¡ay! moribundo, un ¡ay!  
que penetra el corazón,  
que hasta los tuétanos hiela,  
y da al que le oyó temblor.  
Un ¡ay! de alguno que al mundo

pronuncia el último adiós.  
El ruido  
cesó.  
un hombre  
pasó,  
embozado,  
y el sombrero,  
recatado,  
a los ojos  
se caló.  
Se desliza  
y atraviesa  
junto al muro  
de una iglesia,  
y en la sombra  
se perdió.  
Una calle estrecha y alta,  
la calle del Ataúd,  
cual si de negro crespón  
lóbrego eterno capuz  
la vistiera; siempre oscura,  
y de noche sin más luz  
que la lámpara que alumbra  
una imagen de Jesús;  
atraviesa un embozado,  
la espada en la mano aún,  
que lanzó vivo reflejo  
al pasar junto a la cruz.  
Cual suele la luna, tras lóbrega nube,  
con franjas de plata bordarla en redor,  
y luego, si el viento la agita, la sube  
disuelta a los aires en blanco vapor;  
así, vaga sombra de luz y de nieblas;  
mística y aérea dudosa visión,  
ya brilla, o la esconden las densas tinieblas,  
cual dulce esperanza, cual vana ilusión.  
La calle sombría, la noche ya entrada,  
la lámpara triste ya pronta a expirar,  
que a veces alumbra la imagen sagrada  
y a veces se esconde, la sombra a aumentar.  
El vago fantasma que acaso aparece,  
y acaso se acerca con rápido pie,  
y acaso en las sombras tal vez desaparece,  
cual ánima en pena del hombre que fue,  
al más temerario corazón de acero  
recelo inspirara, pusiera pavor;  
al más maldiciente feroz bandolero  
el rezo a los labios trajera el temor.  
Mas no al embozado, que aún sangre su espada  
destila, el fantasma terror infundió.  
Y el arma, en la mano con fuerza empuñada,

osado a su encuentro despacio avanzó.  
Segundo Don Juan Tenorio,  
alma fiera e insolente,  
irreligioso y valiente,  
altanero y reñidor;  
siempre el insulto en los ojos,  
en los labios la ironía,  
nada teme, y todo fía,  
de su espada y su valor.  
Corazón gastado, mofa  
de la mujer que corteja,  
y, hoy despreciándola, deja  
la que ayer se le rindió.  
Ni el porvenir temió nunca,  
ni recuerda en lo pasado  
la mujer que ha abandonado,  
ni el dinero que perdió.  
Ni vio el fantasma entre sueños  
del que mató en desafío,  
ni turbó jamás su brío  
recelosa previsión.  
Siempre en lances y en amores,  
siempre en báquicas orgías,  
mezcló en palabras impías  
un chiste o una maldición.  
En Salamanca famoso  
por su vida y buen talante,  
al atrevido estudiante  
le señalan entre mil;  
fueros le da su osadía,  
le disculpan su riqueza,  
su generosa nobleza,  
su hermosura varonil.  
Que su arrogancia y sus vicios,  
caballeresca apostura,  
agilidad y bravura,  
ninguno alcanza a igualar;  
que hasta en sus crímenes mismos,  
en su impiedad y altiveza  
Don Félix de Montemar.  
Bella, y más pura que el azul del cielo,  
con dulces ojos lánguidos y hermosos,  
donde acaso el amor brilló entre el velo,  
del pudor que los cubre candorosos;  
tímida estrella que refleja al suelo  
rayos de luz brillantes y dudosos,  
ángel puro de amor que amor inspira,  
fue la inocente y desdichada Elvira.  
Elvira, amor del estudiante un día,  
tierna y feliz, de su amante ufana,  
cuando al placer su corazón se abría,

como al rayo del sol rosa temprana;  
del fingido amador que la mentía,  
la miel falaz que de sus labios mana  
bebe en su ardiente sed el pecho ajeno  
de que oculto en la miel hierve el veneno.

Cifró en Don Félix la infeliz doncella  
toda su dicha, de su amor perdida;  
fueron sus ojos a los ojos de ella,  
astros de gloria, manantial de vida.  
Cuando sus labios con sus labios sella,  
cuando su voz escucha embebecida,  
embriagada del dios que la enamora,  
dulce le mira, extática le adora.

## PARTE SEGUNDA

Murió de amor la desdichada Elvira,  
cándida rosa que agostó el dolor,  
suave aroma que el viajero aspira  
y en sus alas el aura arrebató.  
Una ilusión acarició su mente:  
alma celeste, para amar nacida,  
era el amor de su vivir la fuente,  
estaba junta a su ilusión la vida.  
Amada del Señor, flor venturosa,  
llena de amor murió y de juventud;  
despertó alegre una alborada hermosa,  
y a la tarde durmió en el ataúd.  
Mas despertó también de su locura  
al término postrero de su vida,  
y al abrirse a sus pies la sepultura  
volvió a su mente la razón perdida.

Y conociendo ya su fin cercano,  
su mejilla una lágrima abrasó;  
y así al infiel con temblorosa mano,  
moribunda su víctima escribió:  
«Voy a morir; perdona si mi acento  
vuela importuno a molestar tu oído;  
él es, don Félix, el postrer lamento  
de la mujer que tanto te ha querido.  
La mano helada de la muerte siento...  
Adiós, ¡mi amor! Ni compasión te pido...  
Oye y perdona si al dejar el mundo,  
arranca un ¡ay! su angustia al moribundo.  
¡Ah, para siempre adiós! Por ti mi vida  
dichosa un tiempo resbalar sentí,  
y la palabra de tu boca oída  
éxtasis celestial fue para mí.  
Mi mente aún goza en la estación querida  
Que para siempre, ¡mísera!, perdí...

¡Ya todo huyó! ¡Despareció contigo!  
¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!  
Yo las bendigo, sí; felices horas,  
Presentes siempre en la memoria mía,  
imágenes de amor encantadoras.  
Que aún vienen a halagarme en mi agonía.  
Mas, ¡ay!, volad, huid, engañosas  
sombras, por siempre; mi postrero día  
ha llegado; ¡perdón! ¡perdón! ¡Dios mío!,  
si aún gozo en recordar mi desvarío.  
Y tú, don Félix, si te causa enojos  
que te recuerde yo mi desventura;  
piensa están hartos de llorar mis ojos  
lágrimas silenciosas de amargura.  
Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,  
concede este consuelo a mi tristura;  
estos renglones compasivo mira,  
y olvida luego para siempre a Elvira.

Adiós, por siempre adiós; un breve instante  
siento de vida, y en mi pecho el fuego  
aún arde de mi amor; mi vista errante  
vaga desconocida... ¡Calma luego!,  
¡oh, muerte!, mi inquietud... ¡Sola, espirante,  
ámame; no, perdona! ¡Inútil ruego!  
¡Adiós, adiós; tu corazón perdí!  
¡Todo acabó en el mundo para mí!

Así acabó su triste despedida,  
momentos antes de morir, y al pecho  
se estrechó de su madre dolorida,  
que en tanto inunda de lágrimas su lecho.  
Y exhaló su postrer aliento,  
y a su madre sus brazos apretaron  
con nervioso y convulso movimiento,  
y sus labios un nombre murmuraron.  
Y huyó su alma a la mansión dichosa  
do los ángeles moran... Tristes flores  
brota la tierra en torno de su losa;  
el céfiro lamenta sus amores.  
Sobre ella, un sauce su ramaje inclina;  
sombra le presta en lánguido desmayo,  
y allá, en la tarde, cuando el sol declina,  
baña su tumba en paz su último rayo...

### PARTE III

D. FÉLIX: Gané otra vez.  
(*Al embozado.*)  
No he entendido  
qué dijisteis, ni hice aprecio  
de si hablasteis blando o recio

cuando me habéis respondido.

D. DIEGO: A solas hablar querría.

D. FÉLIX: Podéis, si os place, empezar,  
que por vos no he de dejar  
tan honrosa compañía.

Y si Dios aquí os envía  
para hacer mi conversión,  
no despreciéis la ocasión  
de convertir tanta gente,  
mientras que yo, humildemente,  
aguardo mi absolución.

D. DIEGO: (Desembozándose con ira.)

Don Félix, ¿no conocéis  
a Don Diego de Pastrana?  
A vos no, más sí a una hermana  
que imagino que tenéis.

¿Y no sabéis que murió?

Téngala Dios en su gloria.

Pienso que sabéis su historia

y quién fue quien la mató.

D. FÉLIX: Quizá alguna calentura.

D. DIEGO: ¡Mentís vos!

D. FÉLIX: Calma, Don Diego,

que si vos os morís luego,  
es tanta mi desventura,  
que aún me lo habrían de achacar,  
y es en vano ese despecho.

Si se murió, a lo hecho, pecho,

ya no ha de resucitar...

D. DIEGO: Os estoy mirando y dudo

si habré de manchar mi espada

con esa sangre malvada,

o echaros al cuello un nudo

con mis manos, y con mengua,

en vez de desafiaros,

el corazón arrancaros

y patearos la lengua.

¡Villano!

*(Tira de la espada y todos los jugadores se interponen.)*

TODOS: Fuera de aquí

a armar quimera.

D. FÉLIX: *(Con calma, levantándose.)*

Tened

Don Diego, la espada, y ved

que estoy yo muy sobre mí;

y que me contengo mucho,

no sé por qué, pues tan frío

en mi colérico brío

vuestras injurias escucho.

D. DIEGO: Salid de aquí, que, a fe mía,  
que estoy resuelto a mataros,  
y no alcanzará libraros  
la misma Virgen María.  
Y es tan cierta mi intención,  
tan resuelta está mi alma,  
que hasta mi cólera calma  
mi firme resolución.

Venid conmigo.

D. FÉLIX: Allá voy;  
pero si os mato, Don Diego,  
que no me venga otro luego  
a pedirme cuenta. Soy  
con vos al punto. Esperad  
cuenta el dinero... Uno..., dos...  
Son mis ganancias; por vos  
pierdo aquí una cantidad  
considerable de oro  
que iba a ganar... ¿Y por qué?  
Diez..., quince..., por no sé qué  
cuento de amor...; ¡un tesoro  
perdido!...; voy al momento.  
Es un puro disparate  
empeñarse en que yo os mate;  
lo digo como lo siento.

D. DIEGO: Remiso; andáis y cobarde,  
y hablador en demasía.

D. FÉLIX: Don Diego, más sangre fría.  
Para reñir nunca es tarde.  
Y si aún fuera otro el asunto,  
yo os perdonara la prisa;  
pidierais vos una misa  
por la difunta, y al punto...

D. DIEGO: ¡Mal caballero!

D. FÉLIX: Don Diego...

Mi delito no es gran cosa.  
Era vuestra hermana hermosa,  
la vi, me amó, creció el fuego,  
se murió, no es culpa mía;  
y admiro vuestro candor,  
que no se mueren de amor  
las mujeres de hoy en día.  
Vedle, Don Félix es, espada en mano,  
sereno el rostro, firme el corazón;  
también de Elvira el vengativo hermano  
sin piedad a sus pies muerto cayó.  
Y con tranquila audacia se adelanta  
por la calle fatal del Ataúd;  
y ni medrosa aparición le espanta,  
ni le turba la imagen de Jesús.

Mueve los pies el Montemar osado



en las tinieblas con incierto giro,  
cuando ya un trecho de la calle andado,  
súbito junto a él se oye un suspiro.  
—¿Quién va? —pregunta con la voz serena,  
que ni finge valor ni muestra miedo,  
el alma de invencible valor llena,  
fiado en su tajante de Toledo.  
Palpa en tomo de sí y impío jura,  
y a mover vuelve la atrevida planta,  
cuando hacia él la fatídica figura  
envuelta en blancas ropas se adelanta.  
Los ojos Montemar fijos en ella,  
con más asombro que temor la mira...  
En tanto Don Félix a tientas seguía,  
delante camina la blanca visión.  
Triplica su espanto la noche sombría,  
sus hórridos gritos redobla Aquilón.  
Ruido de pasos de gente que viene  
a compás marchando con sordo rumor,  
y de tiempo en tiempo su marcha detiene,  
y rezar parece en confuso son.  
Llegó de Don Félix luego a los oídos,  
y luego cien luces a lo lejos vio,  
y luego en hileras largas divididos,  
vio que murmurando con lúgubre voz,  
enlutados bultos andando venían;  
y luego más cerca con asombro ve,  
que féretro en medio y en hombros traían  
y dos cuerpos muertos tendidos en él.  
Las luces, la hora, la noche, profunda,  
infernál arcano parecen encubrir,  
cuando en hondo sueño yace muerto el mundo,  
cuando todo anuncia que habrá de morir...  
Calado el sombrero y en pie, indiferente,  
el féretro mira Don Félix pasar,  
y al paso pregunta con aire insolente  
los nombres de aquellos que al sepulcro van.  
Mas, ¡cuál fuera su sorpresa, su asombro no fuera,  
cuando horrorizado con espanto ve  
que el uno Don Diego de Pastrana era  
y el otro, ¡Dios santo!, y el otro era él!...  
Él mismo, su imagen, su figura,  
su mismo semblante, que él mismo era en fin,  
y duda, y se palpa, y fría pavora  
un punto en sus venas sintió discurrir.  
—Diga, señor enlutado:  
¿a quién llevan a enterrar?  
—Al estudiante endiablado  
Don Félix de Montemar.  
—respondió el encapuchado.  
—Mientes, truhán.

No, por cierto.

—Pues decirme a mí quién soy,  
si gustáis, porque no acierto  
cómo a un mismo tiempo estoy  
aquí vivo y allí muerto.

—Yo no os conozco.

—¡Pardiez,  
que si me llevo a enojar,  
tus burlas te haga llorar  
de tal modo, que otra vez  
conozcas ya a Montemar.  
Diciendo así, soltó una carcajada,  
y las espaldas con desdén volvió;  
se hizo el bigote, requirió la espada  
y a la devota dama se acercó.

—Con que en fin, ¿dónde vivís?,  
que se hace tarde, señora.

—Tarde aún no; de aquí a una hora  
lo será.

—Verdad decís;  
será más tarde que ahora.

Esa voz con que hacéis miedo  
de vos me enamora más;  
ya me he echado el alma atrás;  
juzgad si me dará un bledo  
de Dios ni de Satanás.

—Cada paso que avanzáis  
le adelantáis a la muerte,  
don Félix. ¿Y no tembláis,  
y el corazón no os advierte  
que a la muerte camináis?

—Seguid, señora, y adelante vamos;  
tanto mejor si sois el diablo mismo,  
y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,  
y acábese por fin tanto embolismo.

Que de tanto sermón y farsa tanta,  
juro, ¡pardiez!, que fatigado estoy;  
nada mi firme voluntad quebranta,  
sabed en fin que donde vayáis voy.

Un término no más tiene la vida;  
término fijo; un paradero el alma;  
ahora, adelante—dijo, y en seguida  
camina en pos con decidida calma...

Y la dama a una puerta se paró,  
y era una puerta altísima, y se abrieron  
sus hojas en el punto que llamó,  
que a un misterioso impulso obedecieron;  
y tras de la dama el estudiante entró;  
ni pajes ni doncellas acudieron;  
y cruzan a la luz de unas bujías  
fantásticas, desiertas galerías.

Grandiosa, satánica figura,  
alta la frente, Montemar camina,  
espíritu sublime en su locura,  
provocando la cólera divina.  
Siente por fin que de repente para  
y un punto sin sentido se quedó;  
mas luego valeroso se repara,  
abrió los ojos y de pie se alzó;  
y fue el primer objeto en que pensara  
la blanca dama, y alrededor miró,  
y al pie de un triste monumento hallóla,  
sentada en medio de la estancia sola.

FIN